



# El poder del .375

**Antonio Sánchez**

**Fotografía de apertura: Antonio Adán**

No puedo ni debo escribir de cosas que no sé, me limitaré a contar mi experiencia cazando con un rifle del calibre .375 H&H Mag, con cartuchos PMP cargados con la punta Swift A-Frame de 300 grains. Me encontraba en el Kalahari sudafricano intentando cazar un búfalo cafre, acompañado de mi amigo Pepe de Grado.





Mi aterrizaje, en serio, en la caza mayor se produjo en marzo de 2010, treinta años antes fui perdicero, cazador de menor en general, también cacé algún jabalí y un rebeco, pero, por diversas circunstancias, tuve un lapsus cinegético de tres décadas, por eso ni debo ni puedo escribir de cosas que no sé. En mi experiencia africana, cazando con Adam Barnard, máximo responsable de Spitskop Safaris, siempre había disparado con un rifle del calibre .25-06, dándome excelentes resultados incluso con antílopes grandes, como el waterbuck, o con las cebras, pero claro, para el búfalo era claramente insuficiente, por lo que para la ocasión alquilé el equipo armero que antes he comentado. Me llamó poderosamente la atención que al probar el .375 no tenía más retroceso que el .300 Win Mag que utilizo para montar.



*Así quedó el formidable animal tras un segundo tiro demoledor.*

Tenían localizado un viejo ejemplar, con un buen boss aunque de envergadura debía andar por las 35 o 36 pulgadas (más o menos, alrededor de 90 centímetros), no más. Habían pasado prácticamente dos días de duro rececho, porque queríamos cazar precisamente ese búfalo concreto, no valían otros ejemplares. A última hora de la tarde, Brendan, el dueño de la finca y también cazador profesional, hizo detener el paso de la comitiva. Comenzó entonces un eterno cuarto de hora de aproximación. Yo adivinaba una sombra detrás de unas acacias, cuando de pronto dieron el ok, ¡ese era búfalo! Pero había que acercarse aún más. Como a 90 metros de la sombra, abrieron el trípode y me hicieron una señal inequívoca para que disparara. Lo que voy a comentar ahora no es broma, Adam, Brendan y Pepe, que son muy altos, no se dan cuenta que yo tengo un punto de vista muy distinto al suyo, que soy más “chaparrete”.



Entre ramas y hojas adiviné la tabla del cuello del búfalo, apunté a la parte posterior del cuello en la zona de la columna (creo que me había leído como mil veces un libro que precisamente edita Pepe en castellano, "El animal más peligroso de África" de Kevin Robertson, que no recomienda este tiro como inicial, pero ante las circunstancias), con el visor a su máxima capacidad, 4 aumentos, intenté tranquilizarme lo máximo posible y... ¡Poum! Y el búfalo que salió echando mistos, sin dar opción al tiro del profesional.



*El autor con el búfalo cazado con el poderoso .375 H&H Mag.*

Yo creí que no le había tocado, y me reproché haber disparado sin estar seguro al cien por cien. En inglés y afrikáner decían no sé muy bien qué, hasta que Pepe, soltó un "¡está pegado!" que me sonó a gloria, a pesar de haber dejado herido al animal, algo que no me gusta en absoluto. Pisteamos como una hora al búfalo herido pero sin suerte. Regreso al campamento. Adam y Brendan creían que estaba pegado en la parte delantera, pero en todo caso en una zona para nada mortal. Casi no dormí. De madrugada volvimos al lugar de los hechos, y seguimos el rastro durante tres o cuatro horas, cuando los pisteros localizaron el lugar donde el búfalo había estado echado hasta poco antes de nuestra llegada, decidieron entonces dividirnos en dos grupos, uno seguiría pisteano, con Adam a la cabeza, y otro en la pick-up, con Brendan conduciendo y donde íbamos Pepe y yo, nos comunicaríamos por las emisoras. Me encontraba ciertamente desanimado, cuando recibimos una información del equipo de rastreo que habían visto al búfalo tumbado, pero que se había levantado de nuevo.



A esa zona nos dirigimos sin localizar en principio al animal, cuando Pepe, que iba conmigo en la trasera de la pick-up, le pareció ver un búfalo. ¡Frenazo! Brendan retrocedió y, ¡efectivamente, era él! Aunque ya había puesto tierra de por medio. Nos jugamos la vida en la pick-up, hasta que, como mandan los cánones, echamos pie a tierra y también nos pusimos a correr a cortar el paso al búfalo porque el terreno era favorable a nosotros, no sin esfuerzo lo conseguimos. Ahora tiré de costado al codillo, de paleta, aunque el búfalo no estaba parado se desplomó al impacto, antes me lanzó una mirada que me produjo un escalofrío, porque me miró precisamente a mí, como si supiera que yo era el cazador. Como es de suponer, se formó una algarabía de órdago.

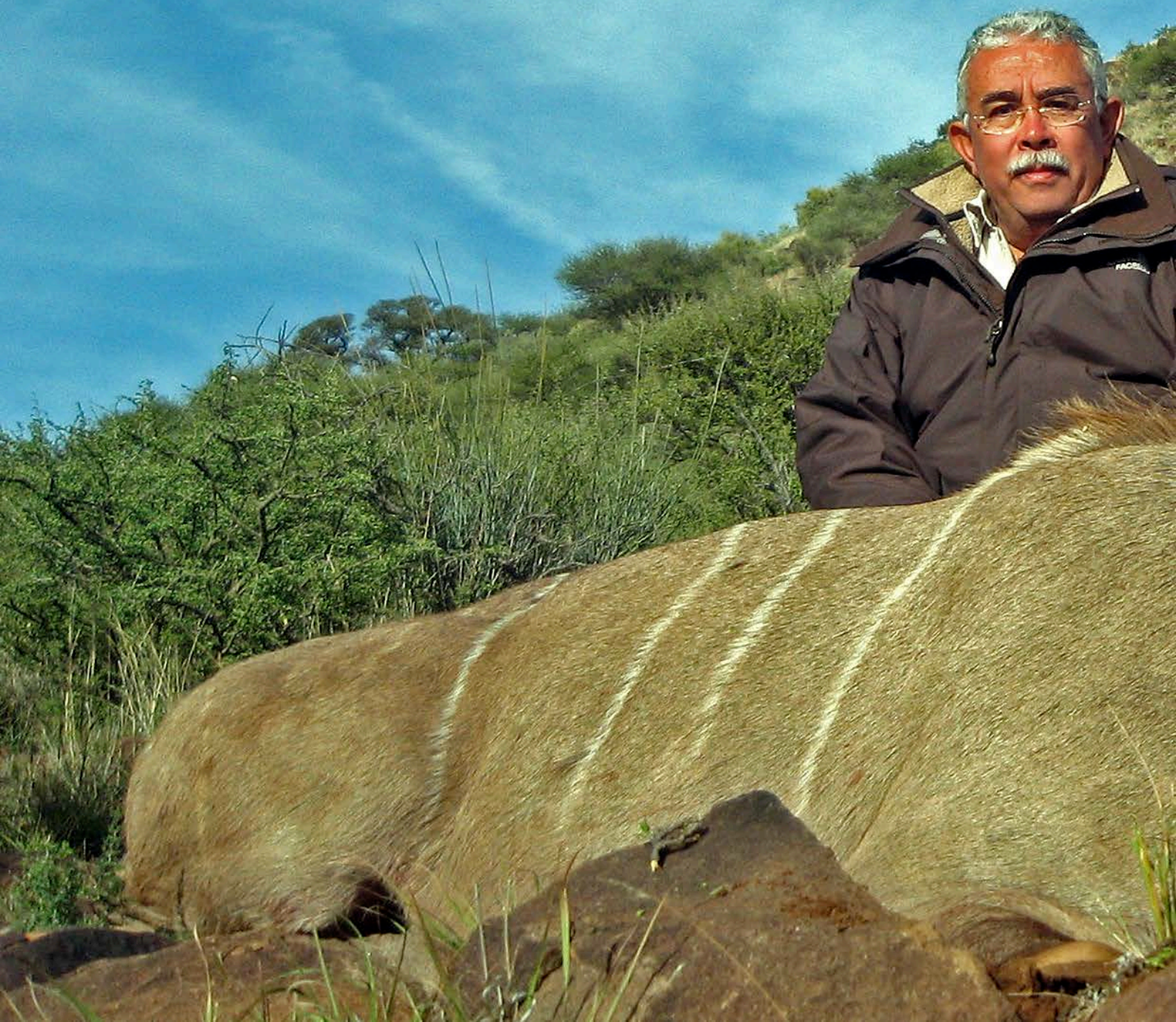


*Parte del equipo con el búfalo.*



Con más calma, analizando al animal, vimos como el primer tiro estaba como en el pómulo, los nervios y seguramente alguna rama inoportuna, y aunque era bastante más que un simple rozón, mermó lo suficiente las fuerzas de la mole como para darnos la opción de remate al día siguiente. El segundo tiro, demoledor, me demostró el valor del .375 H&H Mag y la seguridad que da cazar con él.

De regreso a Kimberley, volví con mi querido .25-06, con su visor fijo de 8 aumentos, y este calibre, a priori suave, también demostró su poder y con él pude cazar en un "spitskop" (cerro muy empinado, lleno de piedras y maleza), tras un laborioso lance, un gran kudu bastante bueno y que, aunque le faltaba la punta de un cuerno, fue la guinda perfecta del pastel.





*Un kudu es un excelente remate para un safari, por mucho que le falte la punta de un cuerno.*